

En este número de ECOfronteras, dedicado a la zona costera, se abordan aspectos por demás interesantes sobre dichos ecosistemas tan frágiles y relevantes para el ser humano. Pero ¿qué se entiende por zona costera? En términos amplios, se trata de un área que incluye la planicie costera, los territorios inundables y la plataforma continental; puede alcanzar hasta 1,400 km de ancho y está influenciada por el sistema montañoso que regula el régimen hídrico. Así, en la franja costera confluyen dinámicamente mar y tierra, casi como librando una lucha sorda por ganar espacio para sí. Estos ámbitos quedan inexorablemente enlazados por factores climáticos, hidrológicos, biológicos y tectónicos. Es justamente en tal dualidad dinámica que reside el peculiar carácter de la zona costera.

Debido a la diversidad fisiográfica que caracteriza a las costas, su biodiversidad tiende a ser muy elevada, principalmente en ambientes heterogéneos como los arrecifes de coral y los pastos marinos. En el gradiente costero, la biodiversidad presenta patrones más o menos bien definidos, desde las planicies costeras hasta el borde de la plataforma continental.

De acuerdo con estimaciones globales, la zona costera representa sólo un 8% de la superficie del planeta; sin embargo, en esta área habita cerca del 70% de la población humana. Además, abarca la mayor parte de la producción acuática y de la biodiversidad. Uno de los aspectos centrales de estos sistemas es su importancia pesquera, pues muchas de las más relevantes pesquerías del mundo dependen de sus dinámicas; las larvas de peces y crustáceos con valor económico-pesquero se refugian y desarrollan en los ambientes relaciona-

dos con la costa para después migrar. Ahí ocurren también fenómenos hidrográficos que enriquecen y elevan la productividad del área.

En Quintana Roo, como en muchos otros estados de México, la zona costera está sometida a una creciente presión demográfica; de ella no están exentas ni las áreas protegidas como Sian Ka'an y Banco Chinchorro, ni las especies amenazadas o en peligro como el manatí y el coral negro. El interés de los investigadores involucrados en la zona costera es añejo y dada la importancia del tema en un estado que vive de sus costas, la justificación para apoyar el avance de estos trabajos es obvia.

El diseño temático de este volumen se orientó hacia la presentación de temas clave para comprender el funcionamiento y la importancia de las zonas costeras; invitamos para compartir este esfuerzo a investigadores que han estado estudiando y viviendo sus transformaciones desde distintos ángulos y creemos que el resultado es interesante pues de entrada se descartó abarcar extensivamente un tema tan amplio. Es claro que intentar hacerlo requiere mucho más espacio y tiempo; existen al menos tres antecedentes institucionales en esa dirección, los volúmenes I y II sobre la biodiversidad de la Reserva de la Biosfera de Sian Ka'an publicados por el Centro de Investigaciones de Quintana Roo (CIQRO, antecedente de ECOSUR) y el trabajo de Salazar-Vallejo y González acerca de la biodiversidad marina y costera de México (CONABIO-CIQRO). En conjunto representan un valioso intento para integrar la información sobre la biodiversidad en México.





Así, para dar a esta revista un carácter conciso y casi diagnóstico, se seleccionaron aspectos relacionados cercanamente con nuestro quehacer institucional, incluyendo tópicos selectos como biodiversidad, contaminación, pesquerías, ictioplancton y conservación. Sergio Salazar, asertivamente y con la claridad a que nos ha acostumbrado, expone sus puntos de vista acerca de la biodiversidad en la zona costera, su importancia, problemática y particularmente sobre sus no muy alegres perspectivas. Por su parte, Alberto de Jesús Navarrete comenta la relevancia de Banco Chinchorro como área protegida, un tema multifacético con el que se ha familiarizado a lo largo de varios años de investigación en este singular sistema arrecifal.

Uno de los aspectos más preocupantes que conciernen a la zona costera es la contaminación; lamentablemente este factor no ha dejado de ser una amenaza para todos los sistemas costeros y estuarinos en el mundo. Teresa Álvarez comparte con nosotros su experiencia en el análisis de los niveles de contaminación de la Bahía de Chetumal como un ejemplo de los efectos de la actividad humana en un sistema costero-estuarino. Ligado a este tema está el de la conservación del manatí en esta bahía, que es comentado por Benjamín Morales con la autoridad que le dan muchos años de dedi-

carse a esta especie. Lourdes Vásquez y yo abordamos un tema poco atendido en lo referente a la zona costera: el plancton. Su estudio ofrece más de lo que se cree en términos de herramientas para entender la dinámica de los distintos ambientes costeros. En particular, enfatizamos la importancia de las investigaciones del ictioplancton para las pesquerías. En este sentido, el aspecto pesquerías artesanales es abordado por Eloy Sosa, quien nos proporciona un panorama de las condiciones en las que se desarrolla esta actividad en el sureste de México; su larga trayectoria en el estudio de tales sistemas se traduce en una muy interesante contribución.

Es para mí un honor poder presentar y haber tenido la oportunidad de coordinar temáticamente el presente volumen; la aportación de cada uno de los autores representa el resultado de años de trabajo intenso que ellos han logrado hacer accesibles aquí a los lectores de ECOfronteras. Es bien sabido que esto se logra sólo con el respaldo de un conocimiento profundo del tópico. Estoy seguro de que este número dedicado a aspectos del área costera favorecerá una mayor conciencia de la comunidad ECOSUR hacia el quehacer de quienes en ello estamos involucrados, estudiando esa peculiar zona donde comienzan y terminan los dominios del mar.

Eduardo Suárez Morales, ECOSUR Chetumal. ©